



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

EL DISCURSO SOBRE LOS AGROCOMBUSTIBLES Y LA LÓGICA DEL CAPITAL

FRANÇOIS HOUTART

Diciembre 2008

EL DISCURSO SOBRE LOS AGROCARBURANTES Y LA LÓGICA DEL CAPITAL

Por François Houtart

Los agrocombustibles, es decir combustibles producidos a partir de fuentes agrícolas, no son una solución energética nueva. A fines del siglo XIX, el ingeniero alemán Diesel, hizo funcionar su motor con aceite vegetal, el cual fue rápidamente remplazado por carburante fósil, más eficaz y menos caro. Durante la Segunda Guerra Mundial los alemanes produjeron gasolina con carbón de madera y los franceses hicieron ensayos con el Jatrofa (planta oleaginosa que vive en tierras áridas). En Brasil, es durante la década de los años 60, que el etanol empezó a ser producido a partir de la caña de azúcar. Sin embargo es con la toma de conciencia de la importancia de las crisis climática y energética que la cuestión de la energía verde llegó al primer plano de las preocupaciones. El discurso que los concierne ha conocido varios avatares que vale la pena analizar.

I. Los discursos sucesivos sobre los agrocombustibles

Sin duda, el discurso sobre lo real constituye un reflejo de este último, sino tendría solamente una existencia virtual. Sin embargo, una vez emitido el discurso, adquiere una eficacia propia, lo que le inscribe dentro de las estrategias de los actores. Como, en nuestro caso, se trata de la energía, sector clave del sistema de crecimiento moderno, el que domina el modelo de crecimiento, es decir, en este caso, el capital, es también el que controla el discurso. Sin embargo como no es el actor social exclusivo, ya que otros discursos son producidos también, con mayor o menor impacto, según las circunstancias y las relaciones de fuerza.

Durante los años caracterizados por la fase neoliberal del capitalismo, el discurso sobre los agrocombustibles ha conocido muchas modalidades y vale la pena seguir sus etapas. El crecimiento de la economía producido por la liberación progresiva de los intercambios, provocó una demanda acelerada de energía, de origen fósil: petróleo, gas, carbón, en esa época, abundante y barata.

El discurso sobre los agrocombustibles fue sofocado. No entraba en consideración, aun si algunas voces se levantaban en contra, en la defensa del medio ambiente. Así, el responsable del lobby de la industria del automóvil frente a las instituciones europeas en Bruselas, afirmaba, a fines de los 80, que la industria disponía de los conocimientos técnicos necesarios para desarrollar energías alternativas, pero que el poder de las compañías petroleras era tal, que toda iniciativa en este dominio estaba congelada. En esa época, las solas voces que se

escuchaban, eran las de los movimientos en defensa de la naturaleza y el discurso sobre los agrocombustibles era ecológico y con una tendencia izquierdista.

Al final de los años 90, la preocupación de los problemas climáticos se introdujo en el panorama político. En junio 1998, el climatólogo de la NASA, James Hansen, dió un testimonio al Senado de los Estados Unidos y afirmó que él estaba convencido a 90 % que la emisión de los gases a efecto invernadero tenía un impacto sobre el cambio climático. Inmediatamente, las industrias concernidas, petroleras, químicas, del automóvil, manifestaron su inquietud y organizaron varios grupos de presión, como la Coalición sobre el Clima planetario (GCC) y el Comité de Información sobre el Entorno. Este último afirmaba que el recalentamiento climático era una hipótesis y no una realidad.

Ya en 1990 un poderoso lobby se había organizado para evitar que la conferencia de Río sobre la Tierra, proponga un Tratado sobre una reducción de los efectos invernaderos. El *George Marshal Institute* publicó un informe explicando que los cambios climáticos eran probablemente el resultado de una sobreactividad solar. Durante la Cumbre de Río, el *World Business Council for Sustainable Development*, constituido por 190 empresas petroleras, químicas y forestales, hizo un trabajo de *lobbying* impresionante. Era la época del “escepticismo climático”, cuidadosamente elaborado y que tuvo por efecto descartar todo discurso sobre los agrocombustibles. El tópico simplemente no era de actualidad. Pero como “el grito de la tierra” era cada vez mas fuerte, la ofensiva no se quedó simplemente en lo verbal y el discurso se adaptó en consecuencia.

Los científicos trabajando sobre la materia fueron ridiculizados, hostigados, impedidos de publicar, por la misma Casa Blanca. Mucho dinero se distribuyó por empresas petroleras o por la administración Bush, para financiar estudios o artículos comprobando que la situación no era tan grave o para contradecir las conclusiones de Kyoto. En *Newsweek*, del 16/23.04.07, Jonathan Adams y Kenzie Burchell escribían que oponerse al ultrapesimismo se había transformado en una herejía: “ *En una época más religiosa, se habría dicho que pecamos contra Dios, hoy día se dice que pecamos contra la naturaleza. Las voces moderadas están sofocadas*”. Los mismos autores afirmaban que vivimos una era de «ecopurismo» y en el mismo número de la revista, Emily Vencat calificaba el informe de Nicolas Stern sobre el clima de “semi-apocalíptico”. Mac Margolis habla de los “*Cassendres del clima*”. Al mismo tiempo, el senador McCain calificaba los agrocombustibles de *avatares* de la agricultura, y algunos años después, durante su campaña electoral, el los calificó de una solución para el futuro.

De hecho, casi de un día al otro, el discurso se transformó, en un editorial del 02.06.07, *The Economist*, escribió que hasta hace poco, los medios del negocio contestaban con el menosprecio a las afirmaciones sobre el cambio climático (de hecho, una tal noción implicaba que la industria era culpable). Hoy día, decía la revista, todo ha cambiado y todos pretenden ser mas “verdes” que sus vecinos. Jeff Immelt, presidente director general de *General Electric* declaraba en 2005: “*Ahora, las relaciones entre los negocios y la ecología resaltan del win-win (ganador-ganador)*”. El mismo discurso prevaleció en todos los círculos neoliberales, en Davos y en otras partes del mundo, basado sobre la confianza en el progreso y las capacidades del saber humano. “El genio del capitalismo, decía *Le Monde* (30.05.07), es adaptarse constantemente a las nuevas informaciones provenientes de la práctica”.

En estas circunstancias el discurso consistió a elogiar las energías renovables y en particular los agrocombustibles. Las palabras adoptadas son optimistas. Se subraya sus virtudes, indicando que la combustión en los motores, emite mucho menos CO₂ en la atmósfera, lo que es real. Europa descubre que su política agrícola, que había congelado muchas tierras, va a permitir, ahora, una producción de agrocombustibles para responder a la directiva de la Comisión europea de utilizar 20 % de energía renovable en el año 2020. Los Estados Unidos toman conciencia que su consumo de petróleo había sobrepasado el tope de la producción desde hace mucho tiempo y que su dependencia hacia regímenes inestables del Medio Oriente y de Venezuela, exige nuevas medidas. En lo que insistió el presidente George W. Bush al conceder enormes subsidios para la producción de etanol a partir del maíz y a firmar un acuerdo con el Brasil, segundo productor de etanol, pero a partir de la caña de azúcar, mucha más rentable.

Si el discurso se transformó, la condición era de respetar la lógica del mercado. Los agrocombustibles tienen que insertarse en las políticas generales que deben quedarse *market friendly*. Es lo que afirmó el grupo “Liderazgo para una Acción climática (LGAC), que agrupa personalidades del mundo de los negocios y de la política, como la Señora Brundlandt, ex-premier ministro de Noruega y presidenta de la primera Comisión de las Naciones Unidas sobre la Tierra, como ex-presidenta de la Organización mundial de la Salud, Enrique Fernando Cardoso, ex-presidente de Brasil, José Iglesias, ex-presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, Ricardo Lagos, ex-presidente de Chile, George Soros, magnate financiero de los Estados Unidos, Ted Turner, ex-director de CNN, John Wolfersohn, ex-presidente del Banco Mundial, Ernesto Zedillo, ex-presidente de México, etc. En un informe al G8 de Berlín en 2007, titulado: Proyecto para un Acuerdo post-Kyoto sobre el cambio climático”, el grupo escribía que “el sector privado era el mejor ubicado para realizar las

inversiones en las fases de realización y de difusión. Sin embargo, decía el informe, es necesario que los Gobiernos den un cuadro de trabajo claro y previsible, para facilitar las inversiones”. El Senador John Kelly, por su parte, afirmaba en Bali, que él esperaba que las soluciones “darían garantías al mercado”.

El optimismo del discurso de algunos llegó a adoptar formas casi mesiánicas. El presidente Lula no dudó de hablar de una solución para el porvenir de la humanidad. En Brasil donde el etanol alimenta parcial o totalmente, el 20 % del transporte automóvil, se desarrolló también un discurso nacionalista, minoritario, pero claro: la situación climática excepcional y la enorme superficie del país dan al Brasil un papel privilegiado en el mundo.

Pero al mismo tiempo se desarrolla un discurso alarmista. Los datos de los expertos del clima son más y más inquietantes. La temperatura aumentó de casi un grado centígrado durante el siglo 20 y el crecimiento podría ser de 2 a 5 grados durante el siglo 21. Si el aumento es de 2,5 grados, dice el GIEC, el grupo internacional de expertos del clima, entre el 20 % y el 30 % de todas las especies vivas desaparecerán. El deshielo de los glaciales aumenta el nivel de los mares. Las migraciones climáticas ya empezaron en Rusia central y en las islas del Pacífico. Los ciclones aumentan de fuerza y en número. La crisis hídrica afecta regiones enteras. A eso, se agrega la crisis alimentaria. Las organizaciones campesinas se implican también en la lucha semántica. Vía Campesina en la reunión de Mali sobre la soberanía alimentaria, pidió no utilizar más el término biocombustibles, porque hace referencia a la vida, y propuso usar el concepto de agrocombustibles. Frei Betto, dominico brasileño y escritor, propone la noción de “necrocombustibles” aludiendo a la muerte. Jean Ziegler, Relator especial de las Naciones Unidas sobre el hambre en el mundo habla de “crimen contra la humanidad”..

La corriente se ha invertido. El discurso sobre los agrocombustibles llegó a ser una expresión de la derecha y su crítica, una elocución de la izquierda. El cálculo económico del capital toma solamente en cuenta la relación costo-beneficio., el resto perteneciendo a las “externalidades”. En el caso de los agrocombustible, pues, ellas son importantes, tanto en el ámbito ecológico como social. Son tomadas en cuenta, solamente cuando empiezan a poner en peligro la acumulación del capital. Antes el costo de las externalidades ecológicas y sociales deben ser soportadas por la colectividad o por los ciudadanos individualmente.

II. Del discurso a la realidad

Para juzgar la adecuación entre el discurso y la realidad, tres elementos deben ser tomados en consideración: la eficacia de los agrocombustibles, sus efectos ecológicos y sociales y sus

funciones en el sistema económico. En el plano de la eficacia, el rendimiento es menor que la energía fósil. En otras palabras se necesita más materia para producir la misma cantidad de energía. Este factor sería relativamente descartable, si los otros fueran positivos. Pero esta lejos de ser el caso.

En el plano ecológico las consecuencias negativas de los agrocombustibles son considerables: destrucción de la biodiversidad por los monocultivos, desaparición de selvas, desplazamiento de la frontera agrícola. La utilización masiva de fertilizantes y pesticidas químicos destruye los suelos, contamina las aguas, crea el fenómeno de los mares muertos en los estuarios. Desde el punto de vista social, se provoca la destrucción de la agricultura campesina, millones de personas son expulsadas de sus tierras, en particular comunidades indígenas. Las migraciones internas y externas aumentan sin planificación, crece la urbanización salvaje. Las condiciones de trabajo son generalmente pésimas y las enfermedades afectan a los trabajadores y sus familias.

En lo económico, el monopolio de las empresas multinacionales se refuerza y la especulación invade el sector. El 75% de la crisis alimentaria es causada por los agrocombustibles, según un informe del Banco mundial.

Los agrocombustibles tienen un papel central en la reproducción del sistema capitalista. No son una solución para el problema climático, y tienen un papel marginal en la solución de la crisis energética, pero a corto y medio plazo, representan una solución interesante para el capital. Permiten el control de la tierra por los grandes propietarios o empresas capitalistas y una explotación del trabajo para producir plusvalía. Ayudan a producir nuevas tecnologías. Permiten la exclusión de las externalidades ecológicas y sociales. Facilitan la transferencia de enormes fondos públicos hacia el sector privado. Reproducen el modelo de dependencia del Sur hacia al Norte. Son lugares privilegiados para el capital especulativo y finalmente dan una nueva legitimidad al capital. Todo eso confirma la hipótesis que la función real es la reproducción del sistema capitalista por lo menos a corto y medio plazo.

El discurso alternativo y la lógica postcapitalista

Los movimientos campesinos tienen otro discurso sobre los agrocombustibles. No se trata de una oposición de principio, sino de un rechazo de las condiciones de producción. Para ellos, se debe primero respetar la biodiversidad, lo que significa la exclusión del monocultivo. Después se debe respetar el equilibrio suelo-agua y rechazar el uso de fertilizantes y pesticidas químicos. La agricultura campesina tiene que ser el modelo, por ser respetuosa de

la naturaleza y potencialmente más rentable. El monopolio económico de las empresas transnacionales tiene que ser eliminado y la soberanía alimentaria establecida.

Eso significa que los agrocombustibles pueden ser una solución descentralizada para las necesidades de las comunidades locales, con eventualmente un intercambio del sur y en el futuro la utilización de desechos o de plantas que no compiten con la alimentación. Significa el desarrollo de un modelo que contradice la lógica del capital, teniendo en cuenta las externalidades, en particular la reproducción de la naturaleza, privilegiando el valor de uso sobre el valor de cambio, y asegurando un control democrático y colectivo sobre las fuentes y la distribución de la energía. Solo a estas condiciones, los agrocombustibles podrán recuperar, en el discurso, su calificación de biocombustibles.